Oración franciscana por la paz en toda tierra

Dios misericordioso, que nos unes en el Cuerpo de Cristo:
Tú nos llamas a abrir de par en par los brazos a los necesitados
—huérfanos, viudas, refugiados, trabajadores—
—afligidos, atormentados, desplazados, hambrientos—
como tu propia presencia en medio de nosotros.
Rezamos con San Francisco, que predicaba la paz y la penitencia:
'Paz a esta casa', en toda tierra.

En Teherán, un joven huérfano se acurruca entre los escombros de los bombardeos,
aferrando una fotografía descolorida de sus padres perdidos, susurrando en busca de refugio.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

En Gaza, una viuda hurga entre las cenizas buscando los juguetes de sus hijos,
llorando a sus hijos sepultados bajo muros derrumbados, con los ojos vacíos de una noche interminable.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

In Syria, una madre refugiada se sienta en una barca en la que entra agua, estrechando a su bebé febril,
huyendo de las bombas barril, con la leche seca por el hambre y el miedo.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

En Cuba, un anciano trabajador ve negado su salario diario en medio del colapso económico,
con las manos agrietadas y el cuerpo encorvado, pero levantándose para recoger sobras para su familia.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

En Minneapolis, un padre en duelo se arrodilla junto a una cruz conmemorativa,
con el corazón destrozado por la violencia racial, suplicando justicia en calles agitadas por la tensión.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

En Kyiv, un soldado se resguarda bajo el fuego de misiles en una trinchera helada,
atormentado por la separación de su familia, preguntándose por el precio de la defensa.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

En Myanmar, un aldeano desplazado huye por la selva de las redadas de la junta,
con los pies ampollados, el espíritu aplastado por la represión, anhelando el amanecer de la libertad.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

En Sudán, un niño golpeado por la hambruna, con el vientre hinchado, sufre en un campo de refugiados,
demasiado débil para llorar, con los brazos extendidos hacia una ayuda que ha sido cortada.
Lo que uno siente, lo sentimos todos.

Dios misericordioso:
convierte nuestra sangre compartida —que fluye no en conflicto sino en misericordia—
en arrepentimiento y justicia.
Concede a los líderes el valor necesario para el diálogo,
concede a los pueblos la gracia de la solidaridad,
y a todos los corazones el don de la conversión.
Por medio del cuidado de la Iglesia hacia los más vulnerables,
sana las heridas y construye la paz.
o de la Iglesia hacia los más vulnerables, sana las heridas y construye la paz.

Cristo, nuestra Paz:
corona esta comunión con tu Reino.
Lo que uno siente, lo sentimos todos—**haznos heraldos de misericordia y de paz.** Amén.